

tudios de Gramática, á qué sé yo qué más.

Pepe, que tal vez oía, mientras terminaba sus seis cuartillas, se levantó, tomó su sombrero, y al despedirse de mí, me dijo con el tono serio, severo y tranquilo que muy pocas veces usó en su vida:

—Procure vd. no escribir nunca en periódicos de oposición. Su espíritu es débil.

Y cuando Pepe salía, y yo recogía aquellas frases para examinarlas y entenderlas en su saludable profundidad, Carrasco dejó caer en mi corazón estas venenosas palabras, sin las cuales este libro no se hubiera escrito nunca:

—Eso es envidia.

IX.

Gacetilla.

COMENZÓ el suspirado mes de Setiembre, que suele ser en la ciudad más bella y elegante de la América latina, lluvioso y desapacible, y por ende lodoso y pesado; dando lugar y ocasión á que las señoras asustadizas no tengan digestión perfecta, y empleen el tiempo en llevar cuenta y razón de cada milímetro que sube el nivel del lago, aunque poco se les alcance de lagos, de niveles ni de milímetros.

Mi inquietud, sin embargo, era mayor que la de las señoras asustadizas, desde cierta noche en que Felicia me dijo, que el general Cabezudo y Remedios habían salido de

San Martín, enderezando hacia la Metrópoli, en los últimos días de Agosto. Por la cuenta no debían de estar muy lejos de la Capital, por más que tuvieran que andar en diligencia, y aunque Don Mateo, por cuidar de su sobrina, hubiese hecho los debidos descansos en algunas poblaciones de regular importancia.

Remedios sabía ya la calle y número de la casa de Felicia, y estábamos seguros de que no dejaría de anunciarle su llegada. Así, esperando de un momento á otro el aviso que Felicia debía darme, me mantenía yo en constante inquietud, mezcla de indecible alegría y vago temor, juntando la dulcísima esperanza de ver otra vez á aquella niña, cada día con más pasión amada, al sordo rencor que á mi pesar despertaba siempre en mi alma, la elevación de Don Mateo.

Una mañana entré en la redacción, saludé á mis compañeros que se me habían adelantado, y siguiendo mi costumbre, tomé el periódico del día, para leer la gacetilla escrita por Carrasco y por un cajista que solía ayudarle. De repente sentí que me puse pálido,

leí algunas líneas más, y al fin estrujé el papel en mis manos con irresistible cólera. Diez líneas estaban dedicadas á Don Mateo Cabezudo, que sin coma ni punto de más ni de menos, podían haberse consagrado á Napoleón I ó al gran Condé. Sabás las había escrito de orden superior, y por recomendación de Pepe no me había dicho nada.

Hablé de separarme de la redacción, eché á ambos en cara su reserva, cuando debieran ponerme al corriente, para procurar el remedio, y hablando á hilo hubiera ido no sé hasta donde, si Pepe no le cortara con alguna frase entre burlona y formal. Y lograda la interrupción, por más que fuera intempestiva, Carrasco metió como cuña una exclamación que no me permitió replicar al estudiante.

—¡Tengo que contarles algo muy grave!

La cosa andaba mal, y Carrasco que estaba en todos los ápices y pizcas de la Administración de *La Columna*, porque escribía la correspondencia de Albar y Gómez, nos expuso la situación en cinco minutos. Se tiraban siempre cuatrocientos ejemplares

del diario; cien para repartirlos en la Capital á los empleados de más categoría, y los trescientos para remitirlos á los Gobernadores de los Estados, entre los cuales había quien pagara cincuenta suscripciones; todo, por supuesto, á cambio de elogios, ó tal vez á cambio sólo de silencio. No había suscriptores fuera de allí. Con tales productos, apenas se pagaban los gastos, no obstante que el periódico era carito, y quedaba como utilidad al propietario, la *ayuda de gastos* que Albar recibía del Ministerio. Pero he aquí, que el Señor Ministro, satisfecho quizá de que *La Columna* era lo más inútil é insustancial que salía de las prensas, y teniendo urgente necesidad de favorecer alguna publicación, por útil ó por peligrosa, había anunciado á Albar, que desde el mismo mes de Setiembre se reduciría á la mitad la tal ayuda. Albar era hombre de grandes resoluciones y enemigo de paños calientes, y había contestado con varonil energía: «O todo ó nada.» Y aquel día iba á resolverse la cosa de un modo ú otro.

Yo, que debía saber cómo se sostenía el

periódico, no había parado mientes en ello, por la natural disposición de mi carácter de atender á lo que personalmente me correspondía sin hacer caso de lo demás.

¡Con que así vivía *La Columna*! ¡Según eso, si no era Don Blas Ramírez, nadie la leía ni la conocía quizá! ¿Qué venía á hacer entonces mi empeño, mi entusiasta ardor, cuando escribía yo un artículo contra éste ó áquel?

—Creí, me dijo Pepe, que lo hacía vd. por amor al arte. Pero, joven, de no ser así ¿veía Vd. racional que hubieran entrado en la redacción dos escritores acabaditos de salir de la fábrica, como Vd. y yo? El Sr. Albar no se acuerda nunca de su periódico, y hace muy bien. Por obtener la misma utilidad no vale la pena de molestarle. Esta empresa no tiene reglas complicadas; todas se dicen en una: reducir los gastos. No seamos vanidosos; aquí somos guarismos que constituyen parte del sustraendo en la resta. Por eso no tiene vd. derecho de oponerse á que se publiquen párrafos en elogio de Don Mateo, quien por otra parte, tiene el que le dan las cinco suscripciones que paga.

Á mi indignación, que creció todavía durante un rato, sucedió uno como abatimiento de mi espíritu. Después llegué á consentir en que de todo aquello no me tocaba parte, puesto que era yo un simple guarismo; y pensando en mi situación y en Felicia, quizá me resigné á serlo, aunque sintiera lo amargo de la humillación.

Habíamos perdido dos horas, cuando el cajista gacetillero entró gritando:

—¡Faltan tres columnas!

—¡Demonio! exclamó Pepe.

Y como en los momentos de apuro, es jefe de hecho, el que de derecho debe serlo, el estudiante dictó las providencias convenientes para acudir á tan premiosa necesidad. Ordenó con voz de mando y todos obedecimos; y el cajista tomó las tijeras y algunos periódicos para hacer en ellos el segundo merodeo (que ya el primero estaba hecho desde muy temprano), y Sabás y yo nos sentamos, provistos de cuartillas y armados de sendas plumas.

—¡A escribir! Gacetilla, señores.

—¿Pero qué hemos de decir de nuevo? pregunté yo.

—Cualquiera cosa, hombre, lo que á Vds. les ocurra.

—Pero así.....

—Así; ni más ni menos. Vamos, que no tienen modo de vencer una dificultad insignificante. Vd. Juan, diga que en San Juan Nepomuceno, Sierra de los Mártires, una mujer dió á luz media docena de chiquillos en dos horas, de los cuales viven cuatro en buen estado de salud. Después en otro párrafo, cuente que en la ranchería de Casa-Negra, acaba de morir un indígena que contaba ciento cincuenta años, con toda su dentadura. Póngale por título: *Longevidad*. Carrasco, ponga Vd. algunas líneas dedicadas al Semanario de literatura que publica esa Sociedad de señoras, y extiéndase, después de hacer el resumen de materias del último número, elogiándolas á todas; muy parejito para que no se enoje ninguna. En otra gacetilla diga cuántos nacieron, murieron ó se casaron durante el último trimestre, en el pueblo que á Vd. le dé la gana. Yo empiezo por anunciar que la atribulada familia de Don Sinforoso Pérez, desea saber en dónde

para este caballero, que se ausentó desde hace diez años de esta ciudad. Mañana reproducen esto todos los periódicos de México, y verán Vds. si no parece el tal Don Sinfroso.

Y cuando esto decía, ya llevaba escrita la mitad del conmovedor parralillo; y nosotros, riendo y celebrando su chispa, comenzábamos los nuestros, obediéndole sin observaciones.

—No hay cuidado, decía el estudiantón, después de inventar nuevas gacetillas; que vuelen esas plumas: no se necesita literatura sino material: echen Vds. cal y canto.

Y por aquel sistema, y con las tijeras del cajista, las tres columnas quedaron llenadas en veinte minutos.

Concluida la tarea, me despedí de mis compañeros y me dirigí á la casa de huéspedes. En el camino, libre para entregarme á mis pensamientos, el párrafo dedicado á Cabezudo vino á mi memoria, produciéndome un estremecimiento nervioso. El trecho era largo, y cuando llegué á la puerta de mi habitación, mis ideas habían fermentado

lo bastante para ponerme sombría el alma y caliente el cerebro. ¡Diputado Don Mateo!

Jacinta llegó á la puerta cuando yo arrojaba mi sombrero sobre la mesa.

—Tenga Vd. esto que traje un criado, me dijo.

Y al entregarme *aquello*, que era una cartita con dirección escrita evidentemente por mano de mujer, apartó el rostro haciendo un gesto como de asco y mal humor.

Rompí el sobre con mano torpe por la precipitación, desdoblé el papel y leí:

«Ya llegó. Calle de Tacuba.»

Mi alma se llenó de una alegría indefinible que entraba en ella como en ráfagas de luz y en torrentes de armonía. No sé explicar de otro modo lo que sentí al leer aquel renglón.

¡Diputado! Tenía razón Felicia. Si Remedios venía, ¿qué me importaba que fueran diputados todos los mentecatos del mundo?

Un Charco.

DIÓSE prisa el sastre á fuerza de recados míos, compré zapatos nuevos, y consumí el resto de mis ahorros en acomodarme de camisa limpia y sombrero flamante. Todo ello á la medida y ajustado á los mandamientos de la moda, me trasformaba, haciendo imposible que pudiera conocerse bajo tales arreos al huésped de la casa de Barbadillo.

Me abstuve de pasar por la calle de Tacuba, hasta no estar convenientemente aderezado, domando la impaciencia que con poderoso imperio me mandaba ir allá. Y llegado el sábado, obedeciendo á pueril vanidad, vestíme todo lo nuevo y fui á presentarme á Felicia.

¡Qué guapo estaba yo! Hasta quiso llevarme á la sala para que me vieran las señoras y Don Blas. Cuando Remedios me viera así, iba á quedarse asombrada, iba á quererme mucho más que antes. Quizá hasta se avergonzara, porque de seguro estaría ella vestida á lo provincial, y aunque no era vanidosa, le gustaba presentarse bien delante de mí.

Yo dije algunas frases que manifestaran mi inconformidad con lo que la muchacha advertía; pero en el fondo estaba yo seguro de que decía verdad; y gozoso, satisfecho de aquella prueba, regresé á casa y procuré dormirme en seguida para no sentir la lentitud con que pasaba la noche.

Durante el desayuno, fui víctima de algunas bromas de Joaquín, y blanco de las miradas de la señora Gomera, quien sobre estar más obsequiosa que nunca conmigo, llegó entre bromas y veras á declarar que era yo muy buen mozo. Parecía que Jacinta no había parado la atención en mi figura hasta entonces, y me miraba con una insistencia que hasta me pareció impertinente

y fastidiosa; y tanto habló Doña Serafina, que Jacinta aprobó con la cabeza, aunque luego la inclinó sobre el plato como avergonzada de su inocente ingenuidad. Don Ambrosio dijo que la moda era detestable, y no queriendo descargar sobre mí su enojo, puso en caricatura mis pantalones y mi levita, hasta que pudo extraviar la peligrosa conversación.

Á las nueve de la mañana, llevando todavía en la lengua el dejo del económico desayuno, me eché á la calle, meditando en el camino el plan que había de adoptar para ver á Remedios. Era sencillo y casi seguro: me apostaría (derivado de poste) en la esquina de Santo Domingo, y si la joven no había ido aún á misa, iría de seguro á Santa Clara ó la Catedral. De no ser así, por lo menos saldría al balcón, puesto que debía de estar todavía asombrada del movimiento, los edificios y todo lo demás de la calle de Tacuba.

Cien veces sentí súbito escalofrío, al ver salir de cualquiera casa una señora, creyendo había de ser ella; y otras tantas mi cora-

zón se puso á golpear con fuerza de cortarme el aliento. Y nada: susto en balde y agitación desperdiciada que me dejaba los nervios en alarma y cosquillosos. Y así fué pasando el tiempo y yo agitándome cada vez más, hasta llegar las diez y media.

La gente iba y venía continuamente á esa hora, agregándose al movimiento común y corriente de la ciudad el de las mil personas que acudían á la Catedral ó salían de las misas del Altar del Perdón. Hormigueaban por aquella parte los vendedores de dulces y pastelillos, los voceadores de periódicos, y los impertinentes vendedores de bastones, peines y baratijas, que todo se lo meten á uno por la cara. Los gritos de todos ellos, los que daban otros de mayor categoría que tenían sus *puestos* junto á *las cadenas* de la Catedral, voceando de hilo el inventario de sus mercancías, el ruido de los coches y el chillido de los pitos de hule que cien muchachos desarrapados vendían, formaban el gran rumor de la plaza central de la ciudad, llenándola y difundiéndose por las calles adyacentes.

Algún pormenor me distrajo un instante, quizá porque ya iba perdiendo la esperanza de lograr mi objeto; y cuando volví de nuevo los ojos á la calle de Tacuba, sentí uno como vértigo, una súbita flaqueza de los miembros, que me obligó á apoyar la espalda en la pared; á tiempo que el corazón me saltaba con fuerza extraordinaria, ahogándome.

¡Era ella!.....Me miró; pero su mirada fué un breve relámpago no más; porque, sorprendida á su vez, bajó los ojos hermosísimos, escondiendo bajo las negras pestañas la suave luz que sólo ellos y el lucero de la tarde sabían derramar. Pasó junto á mí, tan cerca, que hasta creí sentir el roce de su vestido en mi desfallecida mano, estremeciéndome con nervioso temblor. Me parece que ella tropezó dos veces.....

Pero mi confusión y atolondramiento no fueron parte á impedirme notar otro pormenor de grande importancia. Cabezudo iba á su lado; clavó en mi semblante sus ojos de tigre, y al estar cerca, los paseó por todo mi cuerpo, desde la cabeza á los pies.

Yo los seguí con la vista. El cuerpo arro-

gante de Remedios, lucía siempre, flexible y airoso, á pesar del vestido de provincia que llevaba, de mal corte y sencilla tela. No me entretuve en mirar al toscó general; seguí á la joven con los ojos y con el alma, hasta que entraron en la Catedral, y cuando dejé de verla, su imagen quedó ante mis ojos deslumbrados, como la de viva llama que hiere la pupila aun después de muerta.

Cuando la misa concluyó, me había yo llegado á la puerta del Perdón, sin intención deliberada, de condición que casi volví á asustarme y sobrecogerme tanto como la primera vez, cuando ví salir á Remedios, apoyada en el brazo de su tío. Pero esta vez me tocó en suerte que fuera Don Mateo quien pasó junto á mí, ocultando con su ancho corpachón el de la hermosa *pedreña*; y entonces no tuve duda de que el General, en cuanto la cólera se lo permitió, puso atención especial en mi vestido.

Como si la breve mirada de Remedios hubiera irritado mi deseo de verla y acercarme á ella, creció mi afán; y venciendo el temor de exasperar á Don Mateo, volví aunque

en vano, por la tarde á la calle de Tacuba. Repasaba yo la escena de la mirada en mi imaginación, la veía yo bajar los ojos al encontrarse con los míos, la sentía pasar á mi lado, y hasta volvía yo á estremecerme, creyendo sentir en el dorso de mi mano el ligero roce de su vestido.

Así alimenté durante toda la semana el afán de verla que sentía; pues no logré encontrarla otra vez, ni siquiera divisarla desde lejos asomada al balcón.

Felicia recibió de ella un recado, avisándole que no podría ir á verla en toda la semana, porque tenía prohibición de salir hasta no tener trajes á la moda. Caprichos de su tío; pero pronto le daría un abrazo y platicarían mucho.

Esta esperanza me consoló; porque no era fácil que Don Mateo supiera cómo vivía Felicia, pues aun en San Martín lo ignoraban todos, si no eran los Llamas, quienes en bien de la joven consentían en aparecer como sus protectores. En cuanto á la viuda de Don Pedro, y los demás de la casa, guardaban por la misma razón, igual reserva.

Pasó la semana sin que volviera yo á verla. En la redacción estaba yo distraído y torpe, sin parar mucho la atención en las alarmantes noticias que cada día nos comunicaba Sabás sobre la suerte de *La Columna*, aun no determinada; pero con las probabilidades de quedar ella sin *ayuda de gastos*, y nosotros por puertas.

Mientras tanto, el Congreso abrió sus sesiones, y *La Columna*, celebrando tan plausible acontecimiento, elogió á la Cámara y á cada uno de sus miembros con verdadero calor; de todo lo cual yo no veía sino la parte que á Don Mateo le tocaba, para encender más y más el odio que por él sentía. Su título de diputado, su grado de general, el engaño en que las gentes podían caer, juzgándole por lo que algunos periódicos decían de él, y hasta el fuero constitucional de que gozaba, eran otros tantos motivos para que yo le aborreciera... aunque hubiera traído á Remedios cerca de mí.

El sábado las noticias de Carrasco fueron tan graves, que Pepe me obligó á considerarlas atentamente, y á sentir las en toda

su gravedad. Á pesar de los esfuerzos de Albar, el Ministro no cejó en su propósito de acortar la subvención; y el propietario de *La Columna*, hombre versado en la ciencia del periodismo, que él entendía á su modo y según su escuela, despreció la mezquina ayuda que se le ofrecía, cierto de que, sin ligas ni cartabones, el periódico alcanzaría mayores ventajas. Desde luego (y esto era lo importante), *La Columna* no contaba utilidades; y si añadíamos que el Ministro había terminado sus relaciones con Albar, por las exigencias imprudentes de éste, había que esperar que muchos de los Gobernadores que protegían al periódico, le retirarían su apoyo. En tal caso, habría pérdidas.

¿Qué camino tomaría Albar? Probablemente suspendería la publicación del diario, y nosotros nos quedaríamos sin sueldo ni ocupación.

Por mucho que esto me importara y me affigiera, cuando al día siguiente hube tomado el desayuno, sólo pensé en ir otra vez á *apostarme* á la esquina de Santo Domingo y Tacuba. Pero en vano esperé hasta las

once y media; porque Don Mateo, previendo mi reincidencia, había llevado á su sobrina á misa á las siete de la mañana, burlándose de mí á su sabor.

Cansado y despechado me retiré de aquel sitio, sospechando la estrategia de Cabezudo; y lleno de enojo por haber sido tan simple, me propuse ver aquel mismo día á Remedios, aunque fuera dentro de su propia casa. Así fué que á las tres de la tarde estaba yo otra vez en mi puesto, con propósito de no moverme de allí en toda la tarde; pero un enemigo inesperado me desalojó: la lluvia que comenzó á caer en gruesos goterones.

El cielo, aliándose á Don Mateo, me pareció tan injusto que acabó de exasperarme; y sacando atrevimiento de mi enojo, eché á andar á toda prisa y fui á abrigarme en el zaguán de la casa misma del General. Entré animosamente hasta el patio y dirigí una mirada de desafío al segundo piso. Estaba todo en silencio, que interrumpían de vez en cuando con sus trinos, dos zenzontles mecidos por el viento en sendas jaulitas

de latón. El viento agitaba el verde ramaje que salía de los tibores, produciendo suave rumor de cuchicheo. Y nada más. Parecía que en la casa no había alma viviente.

El chaparrón cayó con fuerza por breves minutos; después persistió ligera lluvia durante media hora, y al fin, recogidas las nubes, el sol volvió á alumbrar como rejuvenecido y alegre.

¿Por qué no atreverme? Dí algunos pasos hacia adentro, encaminándome á una puertecilla estrecha y sucia que aparecía abierta á un lado; al ruido de las pisadas salió el portero, y con la tranquilidad que pude fingir, pregunté:

—¿Vive aquí el señor general Cabezudo?

—Sí, señor, me contestó; pero salió desde esta mañana.

—¿A qué hora volverá?

—No sé; pero es fácil que sea tarde, porque fué á comer á la casa de un señor diputado, y después mandó por el coche.

—¿Por el coche?..... ¿El suyo?

—Sí, señor; el coche del señor general.

Salí á la calle sin añadir palabra, y me

eché á andar sin rumbo, á la ventura y aprisa, como si sintiera yo en las espaldas el látigo del cochero del señor General, obligándome á tirar del coche con fuerza y brío.

Las calles estaban lodosas y encharcadas, aunque la lluvia no fué tal que las pusiera intransitables por anegación; y fué preciso que volviera yo en mí, porque dos ó tres veces estuve á punto de meterme en un charco ó de ser bañado de lodo por los coches que rodaban, haciéndole saltar sobre las aceras.

Discurrí por unas y otras calles, y al cabo, dominando mi mal humor y rechazando los pensamientos dolorosos que á la cabeza me venían, fuí á detenerme en una de las calles de San Francisco, en donde multitud de gente endomingada como yo, mataba el tiempo viendo á los paseantes que, ya en carruajes, ya en caballerías, desfilaron por la calle aristocrática de la capital. Cuatro ó cinco caballeretes ó que tales me parecieron, estrechados con un escaparate cerrado, competían entre sí, adivinando desde lejos por el color de los caballos el dueño

del carruaje, apartándose oportunamente para no ser salpicados de lodo, cuando las ruedas, acercándose á la acera, entraban en un charco que teníamos enfrente.

Todos ellos, mirando hacia las calles de Plateros, se quedaron suspensos, corridos de no poder decir quien era el dueño de la flamante carretela que rodaba ligera tirada por un par de hermosos alazanes. ¡Imposible! Sólo yo lo sabía desde que ví el ancho cuerpo de Don Mateo destacarse sobre el fondo oscuro de los cojines.

Los caballos echados al trote largo avanzaban con rapidez, y sólo un instante pude ver á Remedios, que como avergonzada de aquella pública exhibición de su hermosura, llevaba los ojos bajos y ligeramente inclinada la cabeza sobre el pecho. Un instante no más; pero la ví en toda su deslumbrante belleza, realzada, abriantada por la elegancia y riqueza del vestido, rigurosamente ajustado á su soberbio busto; noté en sus orejas gruesos brillantes, y brillantes y perlas ó algo tan rico así en lo más alto de su redondo pecho. Estaba ya muy cerca de mí; dí un

paso adelante, quizá para atraer una mirada, ó empujado por la irresistible fuerza que me empujaba hacia ella, cuando de pronto el lodo del charco, saltando con fuerza sobre mí, me salpicó de pies á cabeza, ensuciándome el rostro y cegándome por completo.

Una carjada en coro resonó á mis espaldas, mientras, llevándome ambas manos á los ojos, oía yo disminuir, alejándose, el ruido de la carretela arrastrada sobre el empedrado de la calle.

XI.

"El Cuarto Poder."

AL día siguiente, después de una noche de insomnio, empleada en repasar la ridícula escena de la tarde y alimentar mi doloroso despecho, fuíme á la redacción, abatido y enconado, añadiendo á mis negros pensamientos el de que quizá al llegar me anunciaría el director que nada teníamos ya que hacer en su casa.

Al entrar quedé sorprendido. La ancha mesa estaba cubierta con trapos, las sillas amontonadas sobre ella; el viejo estante, separado de la pared, se hallaba en manos de un carpintero que á fuerza de clavos procuraba enderezar los anaqueles; en tanto las

paredes se vestían de limpio, después de sacudidas las vigas, merced á cuatro trabajadores, dos de los cuales iban desgarrando el viejo papel, mientras los otros pegaban cuidadosamente el nuevo de fondo blanco y labor azul.

—¿Qué es esto? pregunté á Carrasco que miraba atentamente la marcha del trabajo.

—Que mejora todo, me contestó con alegría. Luego que venga Pepe subiremos á ver á Don Pablo, que tiene que hablar con nosotros. No sé de qué se trata; pero no hay que temer; ya sé que el periódico continúa, con sólo una suspensión de dos ó tres días.

No tardó Pepe en asomar, y después de que Carrasco le repitió las mismas palabras, subimos al escritorio de Albar.

El cuarto, por su mueblaje y adornos, demostraba que Don Pablo, en su larga carrera de periodista, no había perdido el tiempo; y que su escuela, si no inventada, perfeccionada por él, era la de principios más prácticos y positivos. El escritorio, en efecto, ostentaba bastante lujo y elegancia. Cubrían las paredes altos estantes repletos de libros;

la mesa era de fina madera con incrustaciones y entalladuras que hacían de ella una obra de arte; el sofá y los acojinados sillones estaban cubiertos de piel costosa, y en cada rincón, en cada sitio en que podía ponerse algo, había un grupo de mármol ó un busto de bronce; todo recargado, revuelto, apilado, pero representando riqueza, holgura en el gastar.

Cuando entramos, Albar hablaba con un hombre de unos cincuenta años, de patillas canas y anteojos con varillas de oro, rechoncho y antipático. Ambos se pusieron en pie, y después que Don Pablo nos designó por nuestros nombres, nos dijo, señalando cortesmente al otro:

— El Sr. Don Javier Escorroza, escritor público muy distinguido y reputado.

Nos sentamos. El nombre de Escorroza no me era enteramente desconocido. Traté de recordar, y en efecto, me vino á la memoria que había yo visto ese nombre, calzando artículos subidos de punto, en un periódico ultramontano de exajerados principios.

Albar tomó la palabra. Las cosas (esas cosas que siempre andan á vueltas), tomaban rumbos torcidos en manos de los hombres del poder, que de algún tiempo á aquella parte, desconociendo los verdaderos intereses de la Nación, ó yendo contra ellos á sabiendas, desatinaban en todo, en términos de no ser posible continuar sosteniéndolos, si habíamos de conservar íntegro nuestro nombre de escritores verdaderamente liberales.....etcétera. En una palabra: el Gobierno era malo y aun peor.

Escorroza oía y aprobaba. Los anteojos, de varillas demasiado largas, resbalaban sobre la aplastada nariz hasta llegar cerca de la punta; la mano inquieta del escritor los llevaba inmediatamente á su lugar; pero en un instante resbalaban otra vez, manteniendo al vejete en un movimiento constante, que en él era ya costumbre, ó si sufre decirse, vicio. Mientras Albar hablaba, Escorroza nos miraba con altanera superioridad, completando frecuentemente las frases del periodista por una impertinente precipitación, debida sin duda á su insoportable sistema nervioso.

—No hay duda, continuó Albar; la inmoralidad.....

—Cunde, dijo Escorroza; cunde rápidamente.

—Cunde, repitió el Jefe. No tenemos por qué continuar en el camino que adoptamos cuando la *Administración* seguía los verdaderos principios liberales y democráticos. Por el contrario, nuestro deber es colocarnos frente á los hombres del Gobierno, con la ley en una mano y.....

Ni Albar ni Don Javier pudieron encontrar qué tomar en la otra, y hubo que violentar el discurso.

Coincidía con todo lo dicho una inconsecuencia del Gobierno que rompía los compromisos que él (Albar) tenía contraídos, y este suceso, que calificaba de feliz, le daba la más absoluta libertad para echar por el rumbo que quisiera. Por todas estas consideraciones, había determinado continuar la publicación del periódico, dándole un carácter de absoluta independencia, es decir, de oposición, puesto que no se podía ser independiente sin ser enemigo de un mal Go-

bierno. El diario iba á ser, de allí adelante, de grande interés; era preciso ampliar y mejorar la redacción, ser cuidadosos en lo que se publicara, ser valientes y ser enérgicos. Para todo lo cual, el notable escritor Don Javier Escorroza tomaría parte muy principal en la redacción, haciendo de jefe inmediato nuestro.

Cerca de media hora duraron los discursos y explicaciones, fundadas en el decoro, los principios, y mil otras bases fundamentales que trajo á cuento Albar en sazón oportuna. Y no era preciso tanto para exaltar mi ánimo, de suyo vehemente y por entonces predispuesto á todo lo que fuera romper lanzas con todo el mundo. Tomé la palabra, con pasmo de Escorroza, que sin duda debió de juzgar aquello como atrevimiento de tonto; pero que no perdió ocasión para completar mis conceptos, con su inevitable impertinencia.

Aplaudí con entusiasmo la determinación de Albar, encomié sus propósitos, animé á mis compañeros y protesté, por mi parte, tomar empeño en la obra que á todos se nos encomendaba.

—Un escrúpulo, dijo Albar; un escrúpulo insignificante; pero que me inquieta, porque soy en asuntos de decoro muy escrupuloso, me ha hecho pensar cambiar el nombre al periódico. ¿Qué nombre le ocurre á vd., Escorroza?

El interrogado se levantó los anteojos y clavó la vista en el techo. Hubo un rato de silencio, y recordando yo ciertas palabras de Pepe, me atreví á decir:

—¿Le gustaría á vd. *El Cuarto Poder*?

—¡El Cuarto Poder! Oiga vd. Escorroza; me parece muy bueno el nombre.

Don Javier tenía puestos en mí los ojos, como asombrado de que yo hubiera discurrido tan peregrinamente; y me pareció que iba á desechar el título propuesto, cuando Albar dijo entusiasmado:

—No hablemos más. *El Cuarto Poder* se llamará. Para el jueves el primer número.

Salimos de allí, y dejando la redacción en manos de carpinteros y pintores, nos pusimos en la calle.

Sabás, arrebatado de alegría por el desenlace de la crisis que nos había puesto en pe-

ligro, nos revelaba desde luego los argumentos que se proponía beneficiar en los primeros números. Yo lo pensaba, aunque no lo dijera, ansioso de escribir ya, inquieto y agitado por la comezón que súbito renacía en mis entrañas.

Sólo Pepe, con aquella seriedad inmutable de máscara, parecía indiferente á todo.

—¿Y vd. qué piensa? le pregunté.

—Yo no pienso, me contestó; estoy convencido de que debemos continuar como hasta aquí, de simples obreros, si no hemos de confundirnos con el ilustre escritor Escorroza.

Y se despidió de nosotros.

XII.

Un botón.

MI traje nuevo, colgado de un clavo enseñaba aún las manchas de lodo, trayendo á mi memoria la escena del carruaje, la altivez orgullosa de Don Mateo, el lujo espléndido de Remedios y la carcajada en coro de los petimetres de la calle de San Francisco. Trabajo me costó resolverme á descolgarle, y someterme, aunque á solas, á la nueva humillación de limpiar aquellas manchas, que yo veía como la mayor afrenta.

Fuí á la puerta del cuarto de Jacinta y le pedí un cepillo; volví á mi cuarto con él, extendí pieza por pieza en mi cama, y encendida la cara de vergüenza y de ira, limpié cuan-

to pude, que no fué tanto que no quedaran señales opacas en donde antes estuvo el lodo.

Pues no era la suciedad lo más humillante para mí; había otra cosa que me abatía más aún, que determinaba más en mi alma el sentimiento de la derrota, la vergüenza, el despecho y el encono; y esta cosa era el lujo de Remedios.

No parecía sino que Don Mateo adivinaba por instinto la mejor manera de humillarme, Remedios con aquel vestido de seda, con diamantes y perlas en las orejas y en el pecho, sentada en los cojines nuevos de la carretela y arrastrada por dos caballos hermosos, estaba á una altura muy elevada para mí, había salido de la humilde esfera en que yo vivía, y hasta me parecía natural que me viera como pobrete despreciable, y que se riera al verme cubierto del lodo que ella misma me arrojaba á la cara. Puesto que las gentes ignoraban nuestra historia, tendrían por ridículo atrevimiento que yo pretendiera el amor de aquella mujer hermosa, rica y encumbrada, cuando yo apenas podía pagar un cuarto mezquino y un

alimento grosero. Mi impotencia aumentó mi encono, y por más que parezca tonto é injusto, cayó también sobre Remedios, culpable de ofenderme con sus diamantes, de no rechazarlos, de no despreciar el carruaje, de no andar pobre y á pie como andaba yo; yo, sí; yo que, pesárale á quien le pesara, le había dado un beso en la frente cierta noche en que iba sobre mi caballo, desmayada en mis brazos!.....

El periódico era, en cierto modo, un consuelo inexplicable para mí, grato y amargo á la vez. Las tendencias que habían de guiarse en lo sucesivo, despertaban en mi alma algo como un sentimiento, que nunca había hallado pávulo, y que le necesitaba con vehemente afán.

La mañana estaba calurosa y húmeda. Una lluvia ligera que había caído al amanecer, dejando al sol libre, sin nube que le estorbara, engañaba á las plantas con un remedo de primavera y una atmósfera caliente. Sonaba en el patio el chorro del surtidor sobre el fondo agotado de la fuente; la cotorra gritaba, repitiendo las palabras que

le enseñaba su maestra; los chicos del Agente metían bulla en el corredorcillo, y de vez en cuando se oía la voz cascada de la portera, en agrias disputas con la criada de Ferrusca, que se empeñaba en lavar trapos sucios junto á la fuente.

Salté al corredor, y absorto en mis pensamientos, apoyé los brazos sobre la barandilla. La de Torrubio había sacado al patio un asiento bajo, extendido una estera á sus pies, puesto á su lado una canasta llena de lienzos, y tarareando una cancioncilla amorosa, cosía, reformando por vigésima vez su traje de gro negro. Torrubio había salido con el Agente para asistir á un embargo; el sobrino despachaba á los parroquianos en la panadería, y Ferrusca asomaba con frecuencia por la puerta de su habitación para repartir sus miradas, poniéndolas un rato en la venta y otro en la gorda Torrubio. Ella seguía tarareando su cancioncilla, con la voz fuerte de que alardeaba, aunque era bien desapacible.

Por primera vez quizá, fije mi atención en el rollizo cuerpo de aquella mujer, que